BAJARON QUINCE. SUBIERON CATORCE.
TRECE AÑOS DESPUÉS,
ALGUIEN SIGUE LLAMANDO DESDE DENTRO.

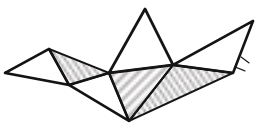
EL POZO FUMERU

MAGÚ

EL POZO FUMERU

Una novela de la cuenca del Nalón, 1985

M A G Ú



A los que bajaron.
A los que no subieron.
Y a los guajes que se quedaron por el camino.

Cuando el pájaro se calla,
hay que salir corriendo.
Lo malo es saber hacia dónde.

— Dicho de la cuenca

Índice

Prólogo **4**
Lo que sabe el canario 5

Primera parte. Bocamina **8**
1. El Vespino rojo 9
2. La cinta de estrío 20
3. La Sirena 25
4. Velatorio con papel 34
5. Tute de catorce 43
6. Debajo del puente 51
7. Sindo 59

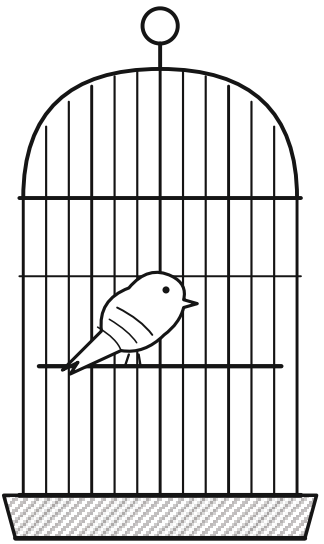
Segunda parte. La jaula **68**
8. Pub Cosmos 69
9. Las madres 78
10. La lata de los pájaros 86
11. El Mudo 95
12. Hemeroteca 104
13. El túnel del tren 116
14. Sobredosis 127

Tercera parte. La galería ciega **136**
15. Lo que dijo mi padre 137
16. El ingeniero 147
17. Lola 157
Lo que sabe el canario (II) 164
18. La última bajada 166
19. Las jaulas abiertas 178

Cuarta parte. El tabique **190**
20. Donde dejasteis al mío 191
21. La jaula baja 198
22. La Ciega 206
23. Santa Bárbara bendita 216

Epílogo **229**
Aire 230
Nota de la autora 236

PRÓLOGO



Lo que sabe el canario



Me llamo Pinín. Segundo de mi nombre, porque en esta casa hubo otro antes que yo, y en esta casa los nombres se heredan como se heredan las toses.

Soy un canario timbrado español. Amarillo limón, ochenta gramos de carácter. Vivo en una jaula de alambre colgada en la galería acristalada de un tercer piso de la calle Dorado, en Sama de Langreo, encima de una ferretería que cierra a las ocho y de un hombre que respira por una goma.

Hoy es tres de diciembre de mil novecientos ochenta y cinco. Víspera de Santa Bárbara. Son las nueve de la noche y llueve, que en este valle, en diciembre, es lo que hace la noche.

* * *

Durante setenta años, en esta cuenca, a los canarios nos bajaron a la mina.

Nos metían en una jaula pequeña, de latón, con una puertina y un asa. Un minero nos colgaba del cinto o de una puntal, en el frente, allí donde la montaña suda. Y nosotros cantábamos.

Mientras cantábamos, los hombres picaban.

El grisú no huele. No se ve. No avisa. Es un gas que duerme en el carbón desde hace trescientos millones de años y que, cuando lo des-

piertan, sale despacio, se esconde en el techo de las galerías y espera. Si llega al cinco por ciento del aire, basta una chispa. Si llega al nueve y medio, la montaña entera se da la vuelta como un calcetín.

Nosotros lo notamos antes. Nos mareamos antes. Nos callamos antes. Nos caemos del palo antes.

Y entonces los hombres corren.

Los canarios mueren primero para que los demás tengan tiempo.

* * *

Esta noche, en la casa, nadie va a dormir.

La madre ha rezado tres rosarios seguidos y se ha fumado un paquete de Celtas sin filtro, y ha mezclado las dos cosas, que es lo que hace cuando tiene miedo.

El padre se ha levantado del sillón a las ocho. Ha cogido su bombona de oxígeno, esa que llaman la Sirena porque silba, y se ha puesto el casco blanco del setenta y dos, el abollado. Ha estado mucho rato delante de mí. Me ha mirado como se mira a un compañero de trabajo.

Luego ha abierto la puerta de la jaula grande y me ha metido en la pequeña.

La de latón.

La de bajar.

* * *

Esta noche alguien va a morir debajo de la tierra.

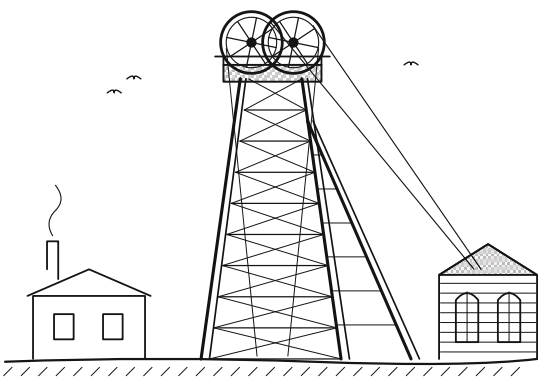
Y yo voy a estar allí, cantando, hasta que deje de cantar.

> EL DIARIO DE LA CUENCA. Sama de Langreo, 18 de noviembre de 1972.
>
> RESCATADOS CON VIDA CATORCE MINEROS DEL POZO FUMERU TRAS SESENTA Y SEIS HORAS SEPULTADOS

Sama de Langreo. — A las 4,40 de la madrugada de ayer salió a la superficie el último de los catorce mineros atrapados desde el pasado martes en la séptima planta del pozo Fumeru, de la Hullera del Nalón, tras la explosión de grisú que conmocionó a toda la cuenca del Nalón. Los rescatados se encuentran en buen estado dentro de la gravedad y han sido trasladados al Hospital Adaro. La empresa da por desaparecido al joven ayudante de artificiero Antonio Vigil Cueto, de diecisiete años, vecino de Sama, cuyo cuerpo no ha podido ser recuperado debido al incendio declarado en la galería, que ha sido sellada por razones de seguridad. El ingeniero jefe del pozo, don Rufino Argüelles, ha manifestado que «se ha hecho todo lo humanamente posible». Al salir, uno de los rescatados llevaba en la mano una jaula vacía.

PRIMERA PARTE

BOCAMINA

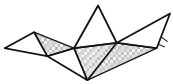


CAPÍTULO 1

El Vespino rojo



GRISÚ 0,2 %



A las tres y cuarenta de la madrugada, en la recta de La Carrera, la lluvia cae de lado y yo llevo trescientos gramos de heroína en el depósito de gasolina.

No en el depósito exactamente. Debajo. El Nel, que es un rata pero sabe de soldadura, le hizo al Vespino un doble fondo con una lata de Fanta Naranja cortada y una chapa remachada, y por encima, para que no se note, le dejó un culín de mezcla de verdad, que cuando lo destapas huele a gasolina y a aceite de dos tiempos como cualquier Vespino honrado de cualquier hija de minero honrada que vuelve de Gijón a las cuatro de la mañana porque ha estado bailando.

No he estado bailando.

He estado en el Natahoyo, en un bajo con olor a coliflor y a lejía, viendo cómo un portugués con gafas de concha y chaqueta de punto, con cara de dependiente de mercería, pesaba en la balanza de cocina de su mujer una cosa marrón que parecía azúcar moreno y que, según él, era «la buena, la de Turquía, menina, la que no perdona».

Y ahora vuelvo.

Tengo veintitrés años. Me llamo Yolanda Fano Prieto. En el valle me llaman la Canaria porque los sábados canto boleros en Casa Telva con un chubasquero amarillo que era de mi padre, y porque cuando me pongo nerviosa silbo, y porque en Langreo a nadie le dura el nombre de pila más de una semana.

Ahora mismo voy nerviosa.

Ahora mismo voy silbando.

El Vespino es rojo. Rojo de verdad, rojo de camión de bomberos, rojo de que te vea un ciego. Le pregunté al Fino por qué no me daba una moto negra, una cosa discreta, de contrabandista de película. Me dijo que nadie para a una chica en un Vespino rojo con un chubasquero amarillo, porque parece un anuncio de Kas, y a los anuncios de Kas no se les registra.

El Fino tiene razón en casi todo. Es lo peor que tiene.

Llevo cuatro bajadas. Me quedan ocho. Doce en total, a quince mil pesetas cada una, da justo ciento ochenta mil, que es lo que mi hermano Adrián le debe al Fino desde agosto, que es lo que vale, según el Fino, no romperle a mi hermano las dos rodillas con una barra de las de calzar vagonetas.

Mi hermano tiene diecisiete años y dibuja mejor que nadie que yo conozca. Dibuja superhéroes con casco de minero. Dibuja a mi madre con rulos y alas de murciélago. Dibuja a nuestro padre respirando por la goma, y le pone en la bombona una cara sonriente, y mi padre se ríe y se ahoga, se ríe y se ahoga.

Lo que mi hermano le debe al Fino, en qué se lo gastó, no lo sé.

Es decir: lo sé. Pero en mi casa hay cosas que se saben con la boca cerrada, como la tos de mi padre de noche.

En la recta de La Carrera hay luces.

Azules. Dos. Girando despacio, como si les diera pereza.

Un Land Rover de la Guardia Civil cruzado a medias en el arcén, y delante, con la capa verde chorreando y una linterna que más que alumbrar escupe, un guardia que me hace señas con la mano.

El corazón se me sube a la garganta y se me queda allí, atravesado.

Freno.

Freno despacio, porque si freno de golpe el Vespino culea y la lata de Fanta suena.

Pongo el pie en el suelo.

Me subo la visera del casco.

Y empiezo a cantar.

No alto. Dentro. Bajito. Con la boca casi cerrada. Lo que me sale siempre cuando tengo miedo, lo que mi padre cantaba en la ducha cuando yo era una cría y la casa olía a jabón Lagarto y a carbón:

Santa Bárbara bendita, patrona de los mineros…

—Buenas noches —dice el guardia.

Es bajo, ancho, con unas gafas de culo de vaso empañadas, un bigote de los de antes y la boca llena de algo que mastica con método.

Pipas. Está comiendo pipas. A las cuatro menos veinte de la madrugada, en mitad de un diluvio, en un control. Escupe la cáscara con una precisión de concurso.

—Buenas noches —digo yo.

—¿De dónde viene usted, señorita?

—De Gijón.

—A estas horas.

—Es que en Gijón las horas son las mismas que aquí, mi sargento. Lo que pasa es que allí se aprovechan más.

Me mira. Por encima de las gafas, que es por donde no ve.

—Sargento, sí. Pero esta noche hago de guardia primero, que al guardia primero le ha dado un cólico. —Se limpia las gafas con un pañuelo más mojado que las gafas—. Documentación.

Le doy el carné. Lo mira con la linterna. Mira la foto. Me mira a mí. Mira la foto otra vez.

—Aquí sale usted peinada.

—Es que en la foto no llovía.

—Fano. Fano Prieto. —Lo repite despacio—. ¿Familia del Tano Fano? ¿El artificiero del Fumeru?

Se me corta la canción por dentro.

—Mi padre.

—Ya. —Me devuelve el carné.

No dice nada más. En este valle todo el mundo es hijo de un artificiero, de un picador o de un muerto, y hasta un guardia de fuera lo aprende en dos inviernos.

Se agacha. Mira el Vespino. Le da una palmada al depósito.

Clong.

Una palmada, dos.

Clong. Clong.

Yo dejo de respirar. Se me olvida cómo se hace. Pienso en mi madre, pienso que si me llevan a mí lo van a romper a él, al guaje, al de los superhéroes con casco, y pienso que voy a vomitar encima de las botas de un guardia civil de Valladolid, porque tiene que ser de Valladolid, nadie en Asturias come pipas así.

Y entonces hago lo que hacemos en la cinta cuando pasa una piedra gorda y la encargada está mirando. No la escondes. La es-

condida es la que se ve. La coges con toda la mano, a la vista, y la tiras a la vagoneta como si fuera lo más normal del mundo.

—Suena a lata porque va en reserva —digo, antes de que él diga nada—. ¿No tendrá usted un bidón en el Land Rover, mi sargento? Que con esto no llego a Sama ni empujando.

Me mira como si le hubiera pedido un riñón.

—Esto es un control, señorita. No una gasolinera.

—Ya. Pero gasolina tendrán, digo yo. Que el Land Rover no anda a pipas.

Escupe una cáscara. Creo que se le ha escapado media sonrisa debajo del bigote. Creo. Con las gafas empañadas no se le ve nada.

—Bájese.

No lo dice fuerte. Lo dice como quien pide la sal. Me bajo. El agua me entra por el cuello del chubasquero y me baja por la espalda hasta las bragas. Me quedo de pie en la cuneta, con las botas en un charco, con las manos colgando.

El sargento se agacha otra vez. Desenrosca el tapón del depósito. Le cuesta.

—Eso es mi hermano, que es un bruto —digo—. Pierde mezcla por la rosca y me lo apretó con una llave inglesa. Así no se sale, dice él. Así no entra, le digo yo. Pero vaya usted a explicarle a un hermano pequeño…

Me callo. Lo noto mientras hablo, como se nota en la cinta que se te ha ido una pizarra entre el carbón: tarde. Estoy hablando de más. Los que no llevan nada no explican el tapón.

El tapón sale con un *pop* pequeño, de gaseosa.

Mete la linterna por el agujero.

Ahí dentro, debajo de un culín de mezcla de verdad, hay una chapa remachada, y debajo de la chapa, una lata de Fanta Naranja, y dentro de la lata, trescientos gramos de la que no perdona. El Nel

dejó mezcla justo para un dedo. Para un dedo de hombre normal. Si el sargento tiene dedos de pianista, toca chapa.

Acerca la nariz al agujero. Huele.

Luego mete el dedo índice. Hasta el nudillo.

Tiene dedos de morcilla. Le doy las gracias a Santa Bárbara por las morcillas de Valladolid.

Lo saca brillante de mezcla. Lo mira a la luz de la linterna. Se lo limpia, despacio, en la manga de mi chubasquero amarillo, de arriba abajo, como en un trapo.

—Enséñeme las manos.

Se las enseño. Me las coge por las muñecas, una con cada mano, y las gira hacia la linterna. Los dedos negros. Las uñas rotas. El negro metido en las rayas de las palmas, que no sale ni con estropajo.

—La Nalona —dice.

—La Nalona.

—Escogedora.

—Sí. Y a las siete entro. Así que si me va a llevar al cuartel, mi sargento, lléveme ya, que por lo menos allí no llueve.

Me suelta. Enrosca el tapón. Se incorpora con un crujido de rodillas.

—Mire, señorita Fano. Son las cuatro menos cuarto y estoy calado hasta el apellido. —Escupe una cáscara—. Circule. Y vaya despacio, que en la curva de Lugones hay una mancha de gasoil que ya se ha llevado a dos. —Me mira por encima de las gafas—. Y la próxima vez eche gasolina en Gijón. Que allí también tienen. Y salúdeme a su padre.

—¿De parte de quién?

—De Arranz. El de las pipas. Él ya sabe.

Arranco.

Por el retrovisor, antes de la curva, veo al sargento meterse en el Land Rover y encender la luz de dentro. Saca una libreta. Escribe algo. Despacio, sin prisa, chupando el lápiz entre palabra y palabra.

Me tiembla tanto la pierna que el Vespino hace dos veces el amago de calarse.

Doscientos metros más allá, donde ya no me ven las luces azules, me paro en el arcén, me quito el casco, y vomito en una zarza todo lo que no he cenado.

Luego me limpio la boca con la manga amarilla.

Y me río. Sola, en el arcén, con la lluvia de lado. Lo del bidón. Lo de mi hermano el bruto. Se lo ha tragado. He estado brillante.

Lo pienso durante seis días.

Y sigo.

La cuadra de La Nalona está al final de un camino de barro que baja hacia el río, detrás del lavadero viejo, entre dos escombreras que en verano echan humo solas porque el carbón que tienen dentro arde por su cuenta desde hace años.

Era una cuadra de verdad. Ahora es otra cosa. Ahora tiene un colchón, una estufa catalítica, un póster de Iron Maiden, una mesa de formica y al Nel.

El Nel tiene diecinueve años, dientes de roedor, una chupa de cuero con más agujeros que cuero y la costumbre de llamarme «reina».

—Llega la reina —dice.

—Llega tu madre —digo yo.

Le dejo destornillar la chapa. Saca la lata de Fanta. Dentro, envueltos en plástico de nevera y cinta americana, los paquetes.

Lo pesa todo.

—Trescientos justos —dice—. Eres la hostia, reina. Tienes las manos de un notario.

—Tengo las manos heladas.

—Pues eso. De notario.

Se abre la puerta de la cuadra y entra el Fino.

Lo primero que hay que saber del Fino es que tiene pinta de nada. Veintisiete años, chaqueta de pana marrón con los codos gastados, botas de agua del economato manchadas hasta la caña como las de todo el mundo, una bolsa de deporte del Caudal colgada del hombro. Habla como Ciaño, porque vive en Ciaño desde que se quedó solo. De guaje, con catorce años, anduvo en los estériles de la Nalona, como yo en la cinta. Le ves en la barra de Casa Telva y piensas que es el sobrino de alguien.

Es el sobrino de alguien. Es también el que mete en este valle toda la heroína que entra en este valle.

Se llama Ceferino Vigil. Nadie le llama Ceferino. Nadie que quiera seguir teniendo dientes.

—Canaria —dice.

—Fino.

—Llegas tarde.

—Había un guardia civil comiendo pipas.

Le cambia la cara. Un segundo.

—¿Arranz?

—Me ha dicho que te salude.

—No te ha dicho eso.

—No. Me ha dicho que salude a mi padre.

El Fino no se ríe. Se sienta en la mesa de formica, se quita las botas de agua tirando del talón con la otra bota, y saca de la bolsa del Caudal unos zapatos negros de los de ir a misa, envueltos en papel de periódico. Se los pone. Se ata los cordones con doble lazada. Mete las botas llenas de barro en la bolsa, en el periódico.

Siempre lo hace. En cada entrega. Nunca le he preguntado por qué.

Luego saca una fiambrera de plástico con tapa azul. Tortilla de patata. Empieza a comer con los dedos.

—De mi tía —dice—. Si vuelvo con ella llena, me pregunta. ¿Quieres?

—No.

—Haces mal. —Mastica—. Te quedan ocho.

—Ya sé contar.

—Ocho más y tu hermano queda limpio. Conmigo, digo. Con la vida no te puedo prometer nada, que yo no soy el cura.

—Tú eres peor que el cura.

—Yo soy más barato que el cura. —Cierra la fiambrera. Se limpia los dedos en un pañuelo de tela, planchado, con una V bordada en una esquina, y lo dobla en cuatro—. Y yo cumplo.

Dobla el pañuelo otra vez. En ocho. Con las esquinas juntas. Lo aplana con la palma encima de la mesa, despacio, hasta que no queda ni una arruga.

Luego me mira las rodillas. Las mías. Un segundo nada más.

Y se guarda el pañuelo.

Se levanta, me mete en el bolsillo del chubasquero un papel doblado donde pone, con su letra redonda de colegio de monjas, *Quedan 120*, y me aparta un mechón mojado de la frente con un dedo, despacio, con una ternura que me da más asco que si me hubiera pegado.

—Vete a dormir, Canaria. Mañana trabajas. —Ya en la puerta, de espaldas, con la bolsa del Caudal al hombro—: Y dile a tu hermano que coma algo, coño. Que está en los huesos.

* * *

Llego a casa a las cinco y veinte.

Subo descalza los tres pisos de la calle Dorado con las botas en la mano para que no me oiga mi madre, que me oye siempre. Paso por la galería. Pinín, el canario, saca la cabeza de debajo del ala y me mira con un ojo, luego con el otro, como diciendo: «tú no vienes de bailar».

Al fondo del pasillo, la Sirena silba. Es la bombona de mi padre, que tiene una válvula vieja y pita bajito toda la noche, como una tetera que nunca acaba de hervir. Mi padre duerme sentado, porque tumbado se ahoga.

La puerta del cuarto de Adrián está abierta.

La cama, hecha.

No ha venido a dormir.

Me meto en la cama con la ropa puesta y con el chubasquero amarillo encima de la colcha, y me hago una bola.

Las rodillas contra el pecho.

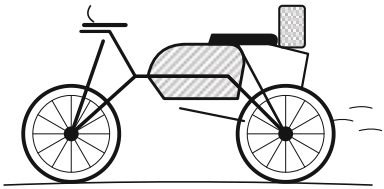
Así dormía de pequeña cuando sonaba la sirena del pozo de noche, esa sirena larga, la de verdad, la de accidente, que en este valle todas las familias conocen y ninguna olvida.

Me quedan dos horas para entrar en el lavadero.

Cierro los ojos.

Y lo último que veo antes de dormirme es el pañuelo del Fino doblado en cuatro, con la V bordada, limpio, perfecto, como si nunca lo hubiera usado.

O como si lo guardara para otra cosa.

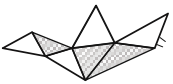


CAPÍTULO 2

La cinta de estrío



GRISÚ 0,3 %



A las siete menos diez la sirena del lavadero de La Nalona suena como un buey con dolor de muelas, y treinta y dos mujeres con pañuelo en la cabeza nos ponemos en fila delante de una cinta transportadora de goma negra que no se para nunca.

Por la cinta pasa el carbón.

Bueno. Pasa lo que sale del pozo, que es carbón y no es carbón. Pasa hulla, pasa pizarra, pasa piedra, pasa barro, pasa a veces un guante, una lata de sardinas, un bocadillo de chorizo a medio comer, una vez pasó un zapato de niño y la Remedios se puso a llorar y estuvo toda la mañana llorando y escogiendo, llorando y escogiendo, porque la cinta no se para por un zapato.

Nuestro trabajo es quitar la piedra.

Al mes distingues lo que vale de lo que no vale con los ojos cerrados. Al año lo distingues en todo: en la gente, en los novios, en la fruta del mercado.

Nos llaman escogedoras. A mí me gusta la palabra. Es lo único bonito del trabajo.

—Tienes cara de dormir debaxo una vaca —me dice la Charo.

La Charo tiene cincuenta y un años, seis hijos, un marido en Bélgica que manda dinero cuando se acuerda y un lunar en la barbilla con tres pelos que ella llama «los Reyes Magos».

—He dormido dos horas.

La Charo no pregunta más. En la cinta nadie pregunta dos veces.

Las manos me escuecen. Tengo los dedos negros hasta la segunda falange y no se me van a limpiar hasta el domingo, y el domingo tampoco.

En la cinta de estrío las noticias llegan antes que en la radio.

Esa mañana la noticia es que el marido de la panadera ha vuelto de Bélgica. Con una belga.

—¿Y la belga qué dice? —pregunta la Pili.

—«Merci» —dice la Charo—. Tola mañana «merci».

Se ríen todas.

Yo también me río. Esta vez de verdad. Media hora sin acordarme de la lata de Fanta.

* * *

A las once hay quince minutos de descanso.

Las escogedoras comemos de pie, al lado de la cinta parada, en un silencio que no es silencio porque el lavadero ruge siempre, aunque la cinta no se mueva: las cribas, los ciclones, el agua, los vagones que chocan en la playa de vías como si se odiaran.

Tengo un bocadillo de tortilla que me hizo mi madre ayer. Por primera vez en mi vida la tortilla me recuerda a otra cosa, y no me lo acabo.

Por la cuesta del lavadero, sobre el barro, con la rueda de delante en el aire y la camisa abierta en noviembre, aparece el Kiko haciendo un caballito con la Puch Cóndor.

Al Kiko lo conoce todo el valle.

Tiene veinte años. Es el que hace el mejor caballito de la recta del Puente. El que en las fiestas de San Pedro se subió al palo ensebado tres años seguidos, tres años seguidos ganó el jamón y tres años seguidos lo repartió en el chigre hasta el hueso. Alto, rubio, con una sonrisa de dientes torcidos. Cuando canta, la Charo dice que parece un cuervo con anginas.

Su padre es Manolón. Manolón Fernández. Picador del Fumeru, y capataz después, hasta que cerraron la séptima. Uno de los catorce.

Así se dice en el valle: «uno de los catorce». No hace falta decir de qué.

Mi padre también es uno de los catorce.

El Kiko para la moto en la valla y silba con dos dedos. La encargada le grita que se largue. Él le hace una reverencia con la mano en el pecho, como un torero.

—¡Pili! ¡Pilina!

La Pili salió tres meses con él el verano pasado y juró por su madre que no le volvía a mirar a la cara. Se pone colorada debajo del carbón, que es mucho ponerse.

—¿Qué quies, pasmáu?

—Despedime. Mañana marcho a Avilés. Un primo mío ta en Ensidesa y méteme de peón. —Abre los brazos—. Nueve días, Pili. Nueve días limpio. Pregunta nel ambulatorio.

—Nueve días son nueve días.

—Y mañana diez. Y pasao once. Sé contar.

—Contar sabes. Lo que nun sabes ye parar.

El Kiko se ríe con todos los dientes torcidos y le tira por encima de la valla una flor. Un crisantemo blanco.

—¿Ónde lo cogiste?

—Nel cementerio de Ciaño. Total, los de allí yá nun lo huelen.

La Pili le tira el crisantemo a la cabeza. Le acierta. Aplaudimos todas. El Kiko hace otra reverencia, arranca la Puch, se marca otro caballito cuesta abajo, casi se mata en la curva del transformador y se va cantando, con su voz de cuervo con anginas.

La Pili recoge el crisantemo del barro. Se lo mete en el bolsillo del mono. No dice nada.

La sirena del final del descanso brama.

Yo me quedo un segundo más sentada en el cajón, con el bocadillo de tortilla en la mano.

Me noto el corazón en las orejas. Me noto la boca seca.

Porque anoche, en el Natahoyo, el portugués de las gafas, cuando pesó la buena, la de Turquía, la que no perdona, hizo una cosa que no había hecho ninguna de las otras tres veces.

En las otras bajadas, las papelinas que yo veía en la mesa, las que ya estaban preparadas para el menudeo, eran de papel blanco. Papel de libreta, papel de revista, papel de lo que fuera. Pero blanco.

Anoche, en la mesa del portugués, había un montoncito de papeles amarillos. Cuadraditos. Recortados con tijera. Amarillo limón.

Yo le pregunté qué era eso.

Y el portugués se encogió de hombros y dijo:

—Encomenda especial. Não sei. Me lo mandan así.

Y lo metió todo en el mismo paquete. En la lata de Fanta. En el Vespino rojo. Debajo de mí.

Me levanto del cajón antes de pensar más.

La cinta arranca.

Piedra. Carbón. Piedra.

A las doce y media llega por la fila la otra noticia del día, de boca en boca, como llegan todas. Esta vez la trae la Remedios, que